

Larra, 1837

Paco Climent



Larra, 1837

Paco Climent

UN TRÁGICO CARNAVAL

Es un hombre, joven, de cara aniñada, sentado en un poyete de piedra bajo un farol. Ahora ha tomado un lápiz y colocado una carpeta sobre sus rodillas mientras, a su alrededor, el mundo, como una olla en ebullición, hierve y humea sin aparente fin. ¿Escribe, levanta acta notarial de lo que sucede en la calle?

No; dibuja lo que ve. Con una agilidad pasmosa pasa a sus cuartillas las actitudes, las ropas, algún detalle que centre lo que allí sucede.

Ha plasmado en sus papeles volanderos todo lo que el Carnaval da de sí desde las sociedades danzantes de la calle de la Sartén y los abigarrados comparsas revueltos por entre los espaciosos salones del café de Solís, hasta los bailes más modestos pero más divertidos del café de La Fontana que, por estar en el mismo centro de la ciudad de Madrid, es el más visitado.

Todo se mueve, el mundo parece bailar a su alrededor. Pero él no puede sumarse al jolgorio; está agotado y por eso ha buscado algo de reposo en ese improvisado asiento. El físico no le aguanta a pesar de su edad, apenas treinta años.

Vuelve a toser, ¡maldita sea! Y siente frío. La tarde se ha cubierto en un oscuro celaje a la que se añade el cierzo que viene del Guadarrama. La noche fría, de invierno, está al caer.

—Es hora de volver a casa...

¿A casa? ¿Al hogar? ¿Al caserón de la plaza de San Ildefonso dominado por una doña Micaela, su madrastra, tocada de continuo con su pañoleta verde que es como el símbolo de su autoridad indiscutible? Además, su padre, don Valentín, todavía no habrá llegado. Lo normal es que anduviera con su amigo Diego Rabadán, el dueño de una librería de viejo situada en la Plaza de las Descalzas Reales. Es su padre un hombre poco fiable que lo mismo se deja un dinero que no tiene en un libro valioso, que mueve sus amistades para que le publiquen un verso, no precisamente de carácter liberal, en el *Diario de Madrid*. Sin madre, que murió al nacer él y sin hermanos, Leonardo Alenza y Nieto, de oficio dibujante y grabador e iniciado ya en una prometedora carrera de pintor, se siente, muchas veces, solo.

Volver a casa supone esperar la inevitable y temida pregunta de su madrastra: «¿Has vendido algún dibujo, hijo?». Y ese «hijo», en su voz poderosa y amenazante, suena casi como un insulto.

Le saca de sus oscuras cavilaciones la presencia siempre animosa de su jefe y amigo Ramón de Mesonero Romanos. Aunque apenas cuatro años mayor que él, Mesonero provoca en Alenza un sentimiento de seguridad casi paternal. Su aspecto regordete, sus lentes perennes, sus maneras amables, transmiten una bonhomía que, el siempre lánguido Alenza, agradece en el alma.

Además está el trabajo. Mesonero, tan enamorado como Leonardo de ese Madrid castizo, de esa corte de caleseros, músicos ambulantes, mozas de cántaro, majos de dudoso oficio y demás fauna callejera, ha puesto en pie un ambicioso proyecto que ha titulado *Semanario Pintoresco Español*.. Entusiasmado por la maestría con que Alenza capta esos tipos y ambientes, le ofreció colaborar en la revista. Leonardo aceptó sin dudarle, aunque tuvo que aprender primero la técnica del grabado en madera pues Mesonero, siempre

con su pasión modernizadora, quiso introducir esta novedad en la prensa madrileña. En ese ambiente de papel, tinta, buril y prensa, Leonardo encontraba el calor humano que, desde luego, no hallaba en su casa.

—¿Don Ramón, usted a estas horas y con este frío por la calle?

—Le tengo dicho que no me llame don Ramón, Alenza. Le recuerdo que soy casi tan mayor o tan joven como usted; y a su pregunta le contesto con otra pregunta: ¿es que no se ha enterado de lo de Larra?

—No sé a qué se refiere.

—Pues que Larra ha muerto, ¡se ha suicidado!

Leonardo Alenza se ha levantado para saludar a Mesonero pero tiene que sentarse de nuevo al escuchar la noticia.

—Sí, es brutal el asunto, pero así ha sucedido; ayer por la noche en su casa y delante de una de sus hijas, dicen. De un pistoletazo en el corazón

—¡Qué barbaridad! Pero ¿por qué, Ramón? Si lo tenía todo; era un triunfador...

—Pues, así es la vida, amigo mío. Esta mañana se presentó don Manuel Delgado, ya sabes, el conocido editor, diciéndome que la noche anterior, es decir, la de ayer día 13, justo la que había estado en mi casa, se había suicidado Larra en su propia vivienda de la calle de Santa Clara. Delgado y otros amigos se estaban encargando de tributarle los fúnebres honores, para lo cual buscaban, por suscripción, los fondos necesarios. Ahora vuelvo de la parroquia de Santiago donde se exponen sus restos hasta que mañana tarde se entierren. En fin, Alenza, parto sin ningún ánimo, la ver-

dad, en dirección a la imprenta, pues tengo pendiente unas pruebas del último número del *Semanario*...

—Si no te importa, Ramón, te acompaño un rato y quizá, luego, me acerque a la parroquia de Santiago.

A buen paso los dos jóvenes dejan atrás la Carrera de San Jerónimo y toman la calle de Carretas. Alenza se ha sorprendido del grado de intimidad de Mesonero con el difunto poeta y así se lo hace saber.

—Mucha gente cree que ustedes no eran precisamente amigos. Como los dos hacían crítica de costumbres en sus artículos...

Mesonero se para un instante para limpiar el cristal de sus lentes que no cesan de empañarse por la manta de humedad en descenso sobre el caserío de Madrid. A continuación, se pone en marcha y sigue con sus recuerdos.

—Fíjate, Leonardo, en el año 33 tuve que suspender, por unos meses, mi trabajo en la revista para realizar un viaje por varias capitales europeas. Pues bien, fui, yo mismo, quien convenció al director para que Larra fuera mi sustituto. Por cierto, en la reunión celebrada a continuación en el Café del Príncipe, se buscó un seudónimo para mi amigo. Ya sabes que los escritores humoristas tenemos la costumbre de no firmar con nuestro verdadero nombre. Después de varias propuestas chuscas se votó el nombre de «Fíguro» propuesto por el empresario Grimaldi. La verdad es que a mí no me gustó mucho. Es como si un francés firmara con el seudónimo «Sancho Panza». Ese día nació entre los dos una sincera amistad y sin roces. Sus escritos rezumaban una crítica más visceral: los míos, tus los conoces bien, son más amables, no pasan de irónicos...

Alenza se detiene porque han llegado a la confluencia de la calle de Carretas con la más estrecha de la Bolsa. Ha toma-

do la decisión de dar un último homenaje a Larra. Se despiden afectuosamente; se verán en el entierro al día siguiente.

— Si te parece, Alenza, quedamos mañana a las tres en la Fuente de la Mari Blanca.

El pintor callejea hasta llegar a la Plaza Mayor, la atraviesa en diagonal para salir a Platerías, luego a la calle Santiago y por fin a la plaza del mismo nombre. Delante de la iglesia, un templo al que Alenza nunca ha prestado mucha atención, construida un cuarto de siglo atrás con un estilo arquitectónico poco atractivo, se agolpa una verdadera multitud. Tal parece que toda la juventud madrileña de cierto rango se ha dado cita allí. Es un verdadero espectáculo, tanto que la mayoría de los balcones con vistas a la plazuela están colmados de curiosos.

Mientras duda si entrar en la iglesia, se le acerca un vecino del barrio y le murmura con ademanes de conspirador.

—Menos Espronceda, que se encuentra enfermo, están todos: García Gutiérrez, Ventura de la Vega, Julián Romea, Grimaldi, que sé yo...

Es el doctor Lizandra, un viejo médico militar, ya retirado, pero que todavía ejerce de galeno para algunas familias del vecindario.

—Don Antonio, usted aquí. No le hacía precisamente próximo al finado.

—Y no lo era, no lo era. Pero hace unas semanas me lo presentaron y ya ve, aquí estoy. No es solo curiosidad malsana, no. Como médico me interesa mucho estudiar qué misteriosa fuerza mueve a las persona a quitarse la vida. En fin, ya hablaremos de todo esto con más tranquilidad. Tengo prisa.

Y desaparece entre la masa de congregados ante el templo.

Alenza, que no ha entrado nunca en esa iglesia, está a otras cosas, por ejemplo, a ver sus tesoros. Le interesa conocer el lienzo de Francisco Ricci titulado *Santiago matamoros* del que tiene buenas referencias. Pero antes de iniciar el recorrido pictórico, piensa que primero debe rendir visita al cuerpo yacente de Larra. Como está expuesto en la cripta, desciende sus escalones hasta encontrarse con el ataúd colocado sobre un túmulo, rodeado de candelabros encendidos que dejan ver perfectamente el demacrado rostro del poeta. Ha sido amortajado con levita, corbatín y pantalón de riguroso negro, lo que le da un aire a que se ha dormido en un momento de aburrimiento: no parece muerto. Para Leonardo Alenza, la señal de que Larra es un cadáver, la percibe al observar que su levantado tupé a la inglesa, sin duda uno de los rasgos más característicos del periodista, yace lacio y triste sobre su frente. Larra, vivo, nunca se hubiera permitido ese descuido.

Alenza se siente agotado por momentos y decide dejar la visita artística para otro día y volver a casa. Al salir, el joven se rinde al sentimiento morboso de atravesar la calle de Santa Clara para pasar frente al domicilio del finado. Siente un escalofrío; no ha sido una buena idea.

Decide tomar cuanto antes la Corredera Baja de San Pablo que le llevará a su hogar, ¿su hogar? Alenza comienza a arrastrar los pies muy cansado al tomar la algo empinada calle de San Joaquín. Vislumbra, ya con la noche cerrada, la iglesia de San Ildefonso, y tiembla más de lo que el frío reinante parece exigir. Sus nervios intuyen el recibimiento de doña Micaela; con ese timbre de voz que intenta ser amable y que resulta amenazador. Y, desgraciadamente para el artista, sus peores presentimientos se cumplen.

— ¿Has vendido algún dibujo, hijo mío?

II

—Padre, no me esperen para almorzar. Me voy al *Café de Levante* a entregar un encargo; ya tomaré allí un tentempié.

—Leonardo, no sé por qué me dice mi olfato que te vas a apuntar al entierro de ese impío de Larra.

—Con su permiso, sí, padre.

—Y para colmo he oído que van a darle sepultura en tierra sagrada. ¡Un suicida en tierra sagrada! ¡Ah!, maldita revolución. ¡Si don Fernando VII levantara la cabeza, verías a dónde iban a parar todos esos liberales!

Leonardo Alenza prefiere no entrar en disputa política con su padre. Desde que se apuntó, hacía casi un año, al batallón de la Milicia Nacional de su barrio, el distanciamiento con su padre, aferrado a las ideas más absolutistas, ha sido total. Leonardo, aún no comprende cómo ha sido capaz de enrolarse en la Milicia, sabiendo lo que eso significa para doña Micaela y su padre. Pero lo hizo porque, dentro de un cuerpo frágil, Alenza atesora pocas pero fuertes convicciones: que todos somos iguales y que las libertades deben ser el sustento de la vida pública.

Envuelve como puede el cuadrito destinado a sumarse a otros, también de su mano, que adornan las paredes del

Café de Levante. Y con una ligera inclinación de cabeza, se considera despedido de su padre.

El encargado del café alaba su obra y le invita a sentarse en un velador. Está invitado a un refrigerio; otro día arreglará cuentas con el dueño, le dice.

Sobre la silla, alguien ha dejado un ejemplar de *El Eco del Comercio*. Se le ocurre comprobar si hay alguna referencia al fallecimiento de Larra. Un recuadro en la cuarta y última página del periódico es el único texto que encuentra. Dice así.

«A las ocho menos cuarto de la noche de anteayer se suicidó, de un pistoletazo, nuestro distinguido escritor don Mariano José de Larra, bien conocido en el mundo literario por sus muchas y preciosas producciones, y cuya pérdida habrán de lamentar eternamente todos los que sepan apreciar nuestras glorias literarias, que tanto lustre han adquirido con las obras de este desgraciado joven. No nos atrevemos, por delicadeza, a manifestar la causa que ha motivado esta catástrofe.

Noticiosos sus muchos amigos de que había de enterrarse su cadáver en la mañana de hoy en sepultura de misericordia, por no haberse dado disposición alguna por ninguno de sus parientes para que se efectuase con el decoro debido a uno de nuestros primeros ingenios, se decidieron a costearle su entierro y sepultura, que tendrá efecto a las cuatro de la tarde de hoy, salido de la iglesia de Santiago, donde está depositado, acompañándole hasta su última morada la juventud literaria de Madrid».

Deja el periódico y mira a su alrededor. Como siempre, el café está lleno de jugadores de damas, ajedrez y dominó. Si alguien busca en Madrid renombre en esos juegos, debe pasar por allí. Termina el almuerzo cerca de las dos y se encamina con tranquilidad a la cita con Ramón de Mesonero en la Puerta del Sol.

Los jóvenes acuden puntuales a la cita. Mesonero llega con abrigo y con un paraguas colgado del brazo, pues la mañana estuvo aguada. Alenza sonrío: Ramón, con aquel abrigo de tipo inglés, con sobrecapa, seguramente producto de algún viaje por el extranjero, y el paraguas, más parece un sesudo funcionario que un joven escritor costumbrista. Le da cierta envidia: el solo puede exponer su vieja levita al inclemente frío de febrero.

La Puerta del Sol cambia del bullicio a la quietud según la hora que marca la jornada del comercio. Justo en el momento en que los amigos se han citado, la plaza se ha vuelto a animar por ser la hora de cierre de las operaciones de Bolsa en la calle de Carretas y, por tanto, la salida en tropel de los que han aspirado a enriquecerse con un golpe de suerte. Los jugadores cruzan a las aceras de la calle del Carmen. Allí forman ruidosos corrillos y comentan los últimos chismes *bolsísticos*, repasan la crónica política y social de la capital y galantean a cuantas señoras se apañan en hacer sus compras vespertinas.

Los dos amigos se alejan de aquel barullo y embocan la calle del Arenal. Se han olvidado de que es miércoles de Ceniza y que el Carnaval de 1837, aunque llega a su fin, todavía alienta en las máscaras que circulan por el centro de Madrid. Pequeños féretros con sardinas cruzadas pegadas en la tapa son cargadas por estudiantes vestidos de luto. Detrás, la comparsa entona cantos fúnebres siguiendo el cortejo de la difunta señora Sardina. Máscaras y cabezudos bailan sin parar. Otras amenazan a los viandantes con sus

grandes cucharas de madera que serán utilizadas al llegar sus portadores a las riberas del Manzanares y montar su particular entierro de la Sardina. Allí, pugnarán por ser los primeros en meterlas en las ollas, en las que no faltarán bacalao o cordero, en compañía, eso sí, de mucho, mucho, tinto de Valdepeñas. La tarde no es propicia para este jolgorio, pero a la juventud de Madrid parece no preocuparle demasiado que los ribazos del «aprendiz de río» estén inoportunamente encharcados.

Cuando Alenza y Ramón Mesonero llegan a la plazuela de Santiago, parece que se han mudado de ciudad: la alegría y el desparpajo de las comparsas de un minuto antes se ha trocado en grupos de grave compostura.

—Me da que esto se pone en marcha. Dejemos la puerta libre, Leonardo.

Así lo hacen buscando acomodo en el lado de la fachada que forma esquina con la calle de Santa Clara, precisamente donde se encuentra la última morada del fallecido. No hace falta poner mucha atención en lo que se dice en los corrillos de alrededor para darse cuenta de que el pueblo madrileño ha dictado sentencia: Mariano José de Larra, de 28 años de edad, se ha dado muerte con un pistoletazo al corazón porque no ha podido soportar que su amante de los últimos años, Dolores Armijo, le haya dejado definitivamente y vuelva con su marido, el señor Cambronero, militar, que se encuentra destinado en Filipinas.

—¿Pero tú, amigo Ramón, que un hombre como Larra, el periodista mejor pagado de España, el crítico literario temido y adulado, el favorito de las damas, el elegante que es envidia de salones y cafés, entiendes que se pegue un tiro? Si es así, yo que soy un pintor sin casi encargos, un joven con una salud de viejo, al que las mujeres ni le miran, ¿no

debería ser yo y no él, quien hubiera dicho basta a esta existencia cruel y engañosa?

—Vamos, Alenza, no exageres, que he visto tu decoración del Café de Levante y me ha gustado mucho. Y no digamos el cuadro que el año pasado expusiste en la Academia, *La muerte de Daóiz* creo que se titulaba. Sabes lo que te digo, «amargao», que eres un «amargao», pues ese óleo era digno de don Francisco de Goya y Lucientes. Como lo oyes.

Leonardo responde a su amable director, con una sonrisa.

Parece que el cortejo fúnebre se ha formado y la carroza mortuoria inicia el trayecto hacia el cementerio del Norte; ya no es momento de seguir hablando.

La comitiva enfila la calle de Santiago. El carro fúnebre aparece sumergido en un mar de coronas de flores sobre un lecho formado por ejemplares de las obras del escritor. El gentío se aprieta en las aceras. Cuando el cortejo desemboca en la calle Mayor, los curiosos buscan otros quehaceres y la manifestación de duelo se reduce a la carroza fúnebre y a una escolta de caballeros vestidos de riguroso luto caminando detrás. La gente del común, se les queda mirando con curiosidad según pasa la carroza. «Alguien importante la la «espichao», comenta uno. Algunas máscaras de carnaval detienen su jolgorio por respeto al finado. Cruzan la Puerta del Sol y suben por la muy animada y comercial calle de la Montera hasta embocar en la de Fuencarral, que los llevará directamente al Cementerio General del Norte.

Minutos después, la comitiva penetra en el camposanto. El reloj de una parroquia cercana, recuerda a los presentes que son las cuatro de la tarde. El cielo sigue encapotado, amenazando con retomar las lluvias mañaneras. Hace frío.

Tras un rápido responso, el féretro de Larra es transportado hasta la sepultura. Larra no es un mortal cualquiera y sus

amigos allí presentes no están dispuestos a despedir vulgarmente al que no ha sido nada vulgar en vida. Un momento antes de que los empleados introduzcan el ataúd en el modesto nicho, se adelanta un elegante joven y pide unos minutos para dedicar un último recuerdo al poeta muerto. El silencio está cargado de una profunda pesadumbre.

— Es Mariano Roca de Togores, amigo de Larra. También quiere ser escritor —comenta el siempre informado Ramón.

No es el único que lee cuartillas ante el cadáver de Larra. Los dos amigos, que apenas han oído el discurso de Roca de Togores, se mueven para encontrar mejor acomodo al reconocer Mesonero a quien espera turno para homenajear al poeta.

—Es don Juan Esteban de Izaga, el director de *El Español*. Es el último periódico en el que escribió Larra. Allí le publicaron sus más famosos artículos.

La cercanía al orador les permite escuchar perfectamente la necrológica.

«Anteanoche ha tenido fin la existencia de un gran amigo, colaborador de nuestro periódico, don Mariano José de Larra. Quizá no haya persona de las que pertenecen a la España ilustrada que no conozca este nombre; quizá no haya uno que conociera bien al sujeto que lo llevaba. Fígaro, el escritor que hacía asomar la risa a los labios de todos, el que se burlaba de todo cuanto el mundo admira y aplaude, no reía.

Fígaro tenía un talento demasiado claro, un alma demasiado noble para no llorar, y lloraba de continuo, y cada uno de esos artículos que el público lee con carcajadas eran

otros tantos gemidos de desesperación que lanzaba a una sociedad corrompida y estúpida que no sabía comprender. Descanse en paz».

Tras otros intervinientes, todos con ademanes sombríos y con frases algo reiterativas del calado de «Cuya pérdida habrán de lamentar eternamente todos los que sepan apreciar nuestras glorias literarias, que tanto lustre han adquirido con las obras de este desgraciado joven...», los albañiles se disponen a sellar el nicho del finado.

En ese momento, un jovenzuelo, escaso de talla, con un aspecto frágil, con quien Alenza se siente identificado, sale de la oscura multitud que se aprieta en esa zona del camposanto y, aprovechando la débil claridad que aún permite una cierta visión, se aparta la lacia melena de la cara y con voz segura y bien modulada, comienza a leer este poema:

Ese vago clamor que rasga el viento

Es el son funeral de una campana

Vano remedo del postrer lamento

De un cadáver sombrío y macilento

Que en sucio polvo dormirá mañana.

Todos los presentes, casi todos amigos del poeta muerto, quedan conmovidos tras esta primera estrofa. El joven autor, según continúa recitando, se emociona, los ojos se le ciegan de lágrimas, hasta el punto de que Roca de Togores, tiene la inteligencia de hacerse con el escrito y terminar de leerlo.